

Viajes, conjuros y escritura (Sobre *Las dos Venecias*¹ de Rosario Ferré)

Aralia López González*

(Como) todos mis libros, una obra
que aspira a un crecimiento, a
recorrer un camino en una
dirección desconocida.²

Rosario Ferré, poeta, narradora, ensayista y fundadora de la revista *Zona de carga y descarga* (1970-1972), que abrió surcos novedosos en la literatura puertorriqueña, autora de *Papeles de Pandora* (1976), colección de cuentos ya antológicos; de *Sitio a Eros* (1980), libro de ensayos sobre grandes escritoras y cuyo título es un homenaje a esa "filósofa del erotismo"³ que fue Ale-

xandra Kollontay; de *Fábulas de la garza desangrada* (1982), poesía; de *Maldito amor* (1986), narraciones espléndidas; de *Sonatina* (1989), cuentos para niños y niñas de todas las edades; y otros, publicó en 1992 *Las dos Venecias*, obra de la que me ocuparé en este trabajo. En la contraportada del libro se dice que Ferré vuelve a un tema que ha tratado antes: "La escritura como un es-



IZTAPALAPA 37

JULIO-DICIEMBRE DE 1995, pp. 91-96

* Profesora investigadora del Área de Literatura Hispanoamericana de la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana.

pacio de libertad ganado por la mujer, desde donde le es posible enfrentar al mundo y, al hacerlo, reconocerse a sí misma". Sin duda es así, pero en este libro hay mucho más. Es bueno recordar que Ferré es una escritora de la subjetividad, pero se trata de una subjetividad que se sabe producto histórico y social, por eso la escritora es también una gran exponente de la conciencia nacional —conflictiva— de Puerto Rico, país invadido y en tensión desde 1898; y también exponente de la conciencia conflictiva de la mujer, "invadida" desde siempre por las fuerzas que reprimen su desarrollo y su deseo en función de los privilegios y la estabilidad del orden patriarcal. Es en este sentido que Rosario Ferré me recuerda a otra Rosario: ella es a Puerto Rico lo que en su momento fue Rosario Castellanos a las letras mexicanas.

En *Las dos Venecias* Ferré reúne narraciones autobiográficas, cuentos y poemas, a la manera de un relato de viaje. En apariencia irregular o caprichosa, la estructura de este libro es, sin embargo, redonda. El texto se abre con la historia del viaje de bodas —a Venecia— de los padres de la narradora y protagonista, que se identifica como escritora. Ese acontecimiento es origen y motivo de otro: el viaje que se desarrolla en el texto y que es el de la protagonista a su infancia: un viaje poético que recrea la casa primera, los recuerdos de la madre y los mitos familiares para, desde el pasado, recorrer el espacio y el tiempo que la conducen hasta el presente. Anamnesis del devenir constitutivo del ser, que culmina en la cripta familiar donde termina el relato, seguido de las "Recapitulaciones".

En la cripta, ámbito conmemorativo, la protagonista se confunde con el fantasma de la madre en un

momento final de fusión que, precisamente, da paso a la separación y a su individuación. Los recuerdos, revisados quizás por última vez —los fantasmas—, quedan allí quietos, inmóviles, mientras la mujer y la escritora consolidan su individualidad, cumpliéndose así el objetivo existencial y literario del viaje: crecer por la escritura rindiendo un homenaje a la madre asociada a la casa y al país natales, fuentes de lo poético donde habitan los sueños, los enigmas, las imágenes que son generadoras del poder oscuro de la creación, fantasmagoría anterior a la palabra que puja por decirse literariamente.

En muchos sentidos, éste es un libro autobiográfico; pero no se trata únicamente de los acontecimientos objetivos de una vida, sino más que nada de las reminiscencias constitutivas de la imaginación literaria de la escritora, placenteras unas y aterrizantes otras. Se trata de memoria e imaginación trabadas en momentos y sensaciones privilegiados que se resignifican en el presente de la escritura, y que dan cuenta de la construcción de una identidad propia, del combate contra el miedo a la nada y a la muerte, y de la victoria que supone afirmar la vida y la actividad creadora.

Ferré, reflexionando sobre la escritura y la evolución de su obra, a propósito de *Fábulas de la garza desangrada*, dice lo siguiente: "ese libro conforma ya un camino cerrado que ha dejado de interesarme. La originalidad, la búsqueda de nuevas formas artísticas, permanecen hoy, como lo han sido siempre, mi prioridad principal".⁴ En el mismo texto, del cual he tomado el epígrafe que precede a este trabajo, declara que su escritura ha sido un recorrer "un camino en dirección desconocida".⁵ En "Recapitu-

laciones”, texto con el que se cierra *Las dos Venecias*, podemos decir que ya ha empezado a discernir la dirección junto con una forma artística y original de señalarla:

Escribo porque le tengo más miedo al silencio que a la palabra [...] Escribo por una ansia de autoridad: porque necesito ser autora de mi propia vida [...] Vivir una vida en la cual uno no está en control es vivir de reflejos: no surge del propio ser [...] Para vivir y escribir bien es necesario, como Moncha Insaurralde en el cuento “La novia robada” de Onetti, “poder atravesar con los ojos bien abiertos por las puertas del infierno”. [...] Esta convicción es para mí fundamental y en ello radica mi desprecio por los que viven vidas de reflejo, resultado de la cobardía, del miedo. El miedo es un sentimiento profundamente humano y todos, en algún momento, somos finalmente subyugados por él. El día que me someta a su ley inexorable, dejaré de escribir. (pp. 155-156)

Escribir es cuestión, pues, de buscar nuevas formas artísticas, recorrer un camino en dirección desconocida, rechazar una vida refleja, vencer el miedo. En *Las dos Venecias* la escritora protagonista una vez más rompe con la vida de reflejo, combate el miedo, se enfrenta a la nada y a la muerte. Y por el momento gana; por eso, en cuanto al personaje autobiográfico, éste seguirá escribiendo. Pero tratemos de entender de qué miedo y de qué reflejos nos habla la narradora de los relatos y los cuentos, dejando de lado a los poemas.

Sabemos que Rosario Ferré es una escritora con conciencia crítica cuya posición es nacionalista.

Nunca ha evadido el compromiso político ni el patriótico como puertorriqueña. Tampoco ha hecho caso omiso de ser mujer. Es muy consciente de que escribe desde un cuerpo y una conciencia sexuados. No obstante, estos compromisos extra literarios no la eximen en cuanto al oficio literario del compromiso de excelencia, ni de sus preocupaciones temáticas acerca de los conflictos existenciales y los del desarrollo de la subjetividad. Un aspecto muy específico de Ferré, a diferencia de otros escritores o escritoras, es que afirma la experiencia personal como matriz literaria: “Al escribir sobre sus personajes, un escritor escribe siempre sobre sí mismo, o sobre posibles vertientes de sí mismo...”.⁶ Hablando de su vida y de la gestación de su vocación literaria dice:

Todos le tenemos miedo a la muerte, pero yo sentía por ella un terror especial, el terror de los que no han conocido la vida. La vida nos desgarrar, nos hace cómplices del gozo y del terror, pero finalmente nos consuela, nos enseña a aceptar la muerte como su fin necesario y natural. Pero verme obligada a enfrentar la muerte sin haber conocido la vida, sin atravesar su aprendizaje, me parecía una crueldad imperdonable.⁷

El tema dominante de *Las dos Venecias*, como ya he dicho, es el viaje por la vida, de aprendizaje y maduración a la manera de un *bildungsroman*, pero entendido básicamente también como un viaje interior. Los dos planos, el objetivo y el subjetivo, se articulan existencial y poéticamente. Pero el relato de su viaje, el de la narradora, supone además la confrontación especular de dos destinos: el de la

madre biológica —y a la sombra de ésta el de otras madres poéticas—; y el de la hija, la narradora misma. El viaje de bodas de la madre —una de las Venecias— supuso el rito de iniciación sexual que debía culminar con la maternidad como único destino femenino. Como esposa y madre tradicionales, también con la insatisfacción, la vida de reflejo, el ser para otros, la subordinación. El viaje de la hija —la segunda Venecia—, por el contrario, es de aliento más amplio. Ella aspira a la autodeterminación de su propia vida y a la plenitud de un quehacer artístico, creador, y no sólo a la reproducción biológica de la especie. Son pues dos viajes con significación y destino diferentes, pero de la confrontación entre ambos surge también una relación tributaria.

El miedo al reflejo del que habla la narradora-protagonista en “Recapitulaciones” supone el miedo a la subordinación a modelos femeninos estáticos, pre-fijados como el rol social y genérico en la sociedad burguesa. Pero también el miedo a la transgresión de esos modelos, que ha conducido a algunas mujeres escritoras —madres poéticas— incluso al suicidio. Se trata, en mi lectura, del fantasma de la mujer subyugada, del estereotipo femenino en la sociedad patriarcal que amenaza todavía a las mujeres actuales en su tránsito a la construcción de nuevas identidades o formas de ser mujer. Ese miedo, lógicamente, se objetiva en la figura de la madre atrapada en un deber ser sin posibilidades de elección.

En el primer relato que da inicio y nombre al libro la narradora en primera persona enuncia:

[...] la palabra Venecia era el pórtico que me era necesario atravesar para ingresar de la vigilia al sueño

[...] a ese mundo [...] donde aquella oscuridad a la que tanto temía ingresar nocturnamente se volvía una suave manta con la que mi madre me abrigaba. *Aquella V mayúscula, que se repetía tres veces (Venecia-Vaivén-Viaje) en su canto, me hacía identificarme con su sonido de una manera especial.* (pp. 7 y 8)

Y esa *V* mayúscula evoca una canción de cuna, y en su forma es también una reminiscencia pública, *V* de vientre materno, cuerpo de la madre; y por desplazamiento metonímico, casa natal y hogar primero. Entre ese primer relato y la reflexión final que es “Recapitulaciones” se despliegan poemas y cuentos que suponen etapas del viaje de crecimiento e individuación del ser de la escritora mediado por el arte occidental. En ellos se evocan y recrean pinturas y poemas famosos, libros, ciudades patrimoniales, atmósferas cosmopolitas y, en particular, las del suelo isleño: Puerto Rico. Pero el viaje termina en “La sombra y su eco”, texto penúltimo en el cual se exorciza el fantasma, la vida de reflejo.

Anterior a “La sombra y su eco” aparece “Epifanía del cuento”, y en este texto de carácter reflexivo la autora hace un juicio general sobre el quehacer literario en estos términos: “El escritor escribe porque le tiene más miedo al silencio que a la palabra” (p. 133). Y en el texto final “Recapitulaciones”, también reflexivo, hace el mismo juicio pero ya en forma personal: “Escribo porque le tengo más miedo al silencio que a la palabra” (p. 155). ¿Qué ha sucedido en el pasaje del tono objetivo al subjetivo? En “La sombra y su eco” se narra un sueño angustioso y simbólico, a manera de soliloquio antes de poder comunicarlo a alguien que pregunta: “¿Qué

soñaste?” (p. 151), y la narración termina de este modo:

Mamá se me ha adelantado y me aguarda sentada junto a la boca de la cripta. Los pliegues de su falda negra se acumulan a sus pies en un embalse sombrío. Es exactamente igual a mi falda, sólo que está inmóvil, tallada en mármol sobre la lápida. Me mira. Me mira como yo te miro.

—Estás aterrada. Habla por fin, cuéntame el enigma de tu sueño.

—Creo que ahora podré empezar a contarlo: (pp. 153 y 154).

Pero, inusualmente, el texto termina con dos puntos, no con punto final, lo que supone que “Recapitulaciones”, que equivale a una especie de último capítulo de este extraño relato de viaje o novela formalmente caprichosa, es la desvelación del enigma del sueño, la respuesta al personaje anónimo que en la anterior cita de “La sombra y su eco” le pide que le revele el enigma de su sueño a la narradora. Y recordemos las palabras ya citadas de “Recapitulaciones”, a propósito de que en *Las dos Venecias* la autora ya advierte la dirección de su escritura. Ya la conoce. Repitámos: “Escribo por un ansia de autoridad; porque *necesito ser autora de mi propia vida. [...] en ello radica mi desprecio por los que viven vidas de reflejo, resultado de la cobardía, del miedo*” (p. 155, el subrayado es mío). Y el miedo, de acuerdo con lo revelado en este libro, equivale a la indiferenciación, a quedar atrapada en la condición de reflejo de otras mujeres, particularmente, claro está, al de la madre, a no alcanzar la autonomía que

define al sujeto individual. “Para vivir y escribir bien es necesario [...] ‘poder atravesar con los ojos bien abiertos por las puertas del infierno’” (p. 155).

Sin duda, la narradora-protagonista logró atravesar con valentía el infierno de los espejos y los reflejos, el de las dobles, construirse sujeto y descubrir una forma propia de ser mujer y escritora. Para lograr esto, y es lo que se cuenta en esta obra, el arte y en particular el quehacer literario resulta una especie de recorrido místico: purgativo, iluminativo y unitivo; pero la unión, en este caso, para muchas de las mujeres que han recibido la “gracia” literaria, es la unión consigo mismas, el reconocimiento de su propio ser y de su libertad.

Rosario Ferré, coherente con lo que ha expresado también en su obra ensayística, no escamotea su experiencia existencial femenina ni sus identificaciones con otras mujeres para escribir su obra. En ella las recrea, las reconoce como materia prima de la transformación que implica la construcción del artefacto literario. Por supuesto que esto implica también distanciar estéticamente el yo histórico, autobiográfico, del yo lingüístico y poético. Por lo menos en *Las dos Venecias* se narran las vicisitudes de este proceso, sus avances y retrocesos, también en términos de la construcción de una subjetividad o identidad autónomas, lo que necesariamente tiene que pasar por la separación-superación de la relación madre e hija, por la emancipación de las mujeres-modelos amadas pero inmovilizadoras. La imaginación aliada a la memoria autobiográfica permite transfigurar la experiencia en literatura.

En esta obra se aprecia el paso de los modelos tradicionales femeninos a nuevas formas de ser mu-

jer. Difícil proceso que culmina en el desalojo del miedo a los reflejos. Reflejos funerarios en la mayoría de los casos. Y el proceso que llamo de crecimiento se cumple sin olvidos y sin condenas, sí con amor, reconociendo también el valor positivo de una genealogía femenina biológica y poética, que de fantasmas amenazantes se convierten en sombras tutelares. Una de esas sombras tutelares es la escritora Julia de Burgos (1914-1953), gran poeta puertorriqueña y desdichadísima mujer. De su poema "Entre mi voz y el tiempo", Rosario Ferré elige uno de los tres epígrafes que preceden al texto de *Las dos Venecias*. Homenaje de una nueva generación de escritoras a otra, fundadora de la poesía nacional. Por la belleza del poema y por su importancia para la significación de *Las dos Venecias*, lo transcribo completo:

En la ribera de la muerte,
hay algo, alguna voz,
alguna vela a punto de partir,
alguna tumba libre
que me enamora el alma

¡Si hasta tengo rubor de parecerme a mí!
¡Debe ser tan profunda la lealtad de la muerte!

En la ribera de la muerte
tan cerca, en la ribera
(que es como contemplarme llegando hasta un espejo)
me reconocen la canción
y hasta el color del nombre .

¡Seré yo el puente errante entre el sueño y la muerte?
¡Presente...!

En la mitad del tiempo...
¿Quién vencerá?

¡Presente...!

¿Estoy viva?
¿Estoy muerta?

¡Presente! ¡Aquí! ¡Presente...!

Pero la narradora-protagonista de *Las dos Venecias* ya no tiene rubor de parecerse a ella misma ni es leal a la muerte, sí a la poesía. Por eso ya no teme a los reflejos, puede contemplarse en el espejo sin los fantasmas que deformaban su rostro.

NOTAS

- ¹ Rosario Ferré, *Las dos Venecias*, Joaquín Mortiz, México, 1992. Las citas textuales que hago de esta obra irán seguidas por el número de la página o páginas entre paréntesis.
- ² Rosario Ferré, "De la ira a la ironía", en *Sitio a Eros*, Mortiz, México, 1980, p. 197.
- ³ Rosario Ferré, en el ensayo "En defensa del pájaro blanco" que aparece en el libro *Sitio a Eros*, pp. 105-116, califica a Alexandra Kollontay, revolucionaria y feminista soviética, como "filósofa del erotismo". Para Kollontay la revolución sexual era el fundamento, también, de la revolución política. Estas ideas las expresó en un ensayo titulado *Sitio a Eros alado* (1923), de donde Ferré toma el título de su libro de ensayos.
- ⁴ "De la ira a la ironía", en *Sitio a Eros*, p. 198.
- ⁵ *Ibid.*, p. 197.
- ⁶ "La cocina de la escritura", en *Sitio a Eros*, p. 21.
- ⁷ *Ibid.*, p. 15.